

Es la esperanza de las almas puras
Que ponen siempre su esperanza en Dios,
Y cae en las humanas amarguras
Como lluvia en los campos sin verdor:

La esperanza del náufrigo marino
Que sobre el mástil cabalgando va;
La del viejo y sediento peregrino
Perdido del desierto en la mitad;

Pura como de un niño el pensamiento,
Tierna cual de una virgen la oracion,
Sublime cual la calma en el tormento,
Cierta, infalible cual la luz del sol!

Como áncora en el fondo del Océano,
De la existencia en la tormenta cruel,
A la infancia sostiene con su mano,
Con su báculo corvo á la vejez.

Va arrastrando magnífica en el suelo
Las orlas de oro de su manto azul,
Y las estrellas le ornan en el cielo
La humilde frente con laurel de luz.

Acá tiene en la tierra su guarida,
Y del sepulcro en la region tambien;
Por eso es la esperanza de la vida
Y la eterna esperanza del, no ser.

El viento de la duda no menea
La antorcha que arde á sus desnudos pies;
Se la quieto en torno suyo se recrea,
Diciendo es la antorcha sublime de la fe.
No se la trotan las ilusiones por do pasa,
Cual los colores á la luz del sol,
Cuando del cielo por la oscura gasa
Derrama apenas el primer albor.

Y se alza la virtud fortalecida
Al rozarla su manto virginal,
Cual la yerba doblada ó abatida
El brezo que la oprime al apartar.

Peles, eres tú, Señor Dios, esa esperanza:
astuto me pesas severo en la balanza
de penitencia horas de contento,
garganta, y siglos de dolor!
cel y San Der

En su primavera en el vivir impío
misible, dejando, tú, Dios mío;
ro á que de antorcha, tú, mi Dios!

(Continuará en 1843.

C. COLLADO.

(1) Después
fusa, no se ll
este teo habi:
que se le
—L. E.

ARISTARCO.

ESTE crítico célebre de la antigüedad, vivía hacia la mitad del siglo segundo antes de Jesu-Cristo. Había nacido en la isla de Samotracia, pero dejó con gusto su país por ir á establecerse á Alejandría, que era entonces el centro de las luces del mundo occidental. Fué discípulo de Aristofanes de Byzancia, que había fundado en esta ciudad la primera escuela regular de crítica filológica que hasta entonces haya habido. Aristarco sucedió á su maestro, y adquirió muy pronto por sus trabajos una grande reputación. Sus escritos eran considerables, pero en el día todos se han perdido, y no los conocemos sino por lo que han dicho de ellos algunos autores antiguos, y por algunas citas. Su obra principal fué una edición de la *Iliada*, y de la *Odisea* que hizo, revisando los textos que habían corrido hasta entonces, sometió estos diferentes textos á las depuraciones de una crítica severa, y cuya susceptibilidad era tambien muchas veces audáz, porque no vacilaba en declarar supuesto todo verso que le desagradaba. No obstante, este trabajo ha quedado como modelo y como tipo, y el nombre de Aristarco ha pasado en proverbio. Es cierto que si la antigüedad adoptó sus juicios, no fué sino con algunas protestas. Al lado de los que le llamaban *divino*, otros le reprochaban la audacia con que rehusaba á Homero los versos que habían podido ofender su propio gusto. Se cuentan entre sus adversarios Plutarco y Zenodoto. Pero según el dicho de Ciceron, y el *fel Aristarchus* de Horacio, les superó. No se había limitado en su trabajo sobre Homero á señalar y desechar los versos defectuosos, ni á abrazar en su crítica lo que era del resorte y de la gramática; había añadido á su testo notas numerosas sobre diferentes puntos de geografía, de historia, y aun de mitología. Esto es sin duda por lo que mas debemos deplorar su pérdida. Aristarco había hecho por un gran número de poetas antiguos, el mismo trabajo que por Homero: había dado ediciones ó ilustraciones críticas de Hesiodo, de Alceo, de Archiloco, de Aratus, de Píndaro, de Esquiles, de Sófoeles, de Aristofano y de algunos otros poetas. Una parte de su vida se había empleado tambien en la polémica, y en los trabajos del profesorado. Había nutrido con sus lecciones á mas de cuarenta gramáticos, que difundiendo por todas partes, contribuyeron á propagar su fama y sus principios. Murió en la isla de Chipre de edad de 72 años. Estaba atacado hacia algun tiempo de una hidropesía; y disgustado de la vida, tomó según se dice, la resolución de dejarse morir de hambre.

(Traducción de la Nueva Enciclopedia, para el MEXICANO).

¡LOCA!!!

El amor es la historia de la vida de las mugeres.—MAD. STARR.

I.

FELICIDAD DOMESTICA.

UNA... dos... tres... cuatro... las diez. ¿Te acuerdas de esta hora, Clarenzia? Precisamente hace dos años que te estrechaba la mano, y que la bendición de un sacerdote unía para siempre nuestra existencia y nuestros corazones...

Clarenzia suspiró tan levemente, que ni aun lo percibió su esposo. ¿Cuán to querria decir esa tenue y melancólica voz del alma?

—Tu mano, continuó el caballero, temblaba entre la mia, tus mejillas se cubrieron de una ligera tinta azulada, tu voz fué tan débil, tan imperceptible, que apenas se escuchó; y sin embargo, me amabas, ¿no es verdad, Clarenzia?

—Si no te hubiera amado, ¿me habria unido contigo?

—Creo que no; pero mira, eras muy niña, tu padre te ordenaba que te casaras; tus parientes tambien lo apoyaban... ¿quién es capaz de esperar lo que sentí en el momento de nuestro enlace, cuando de pronto se me vino la idea de que la obediencia y no el amor te forzaban á recibirme por marido?

—Era ciertamente una preocupacion, Ricardo; debias haber reflexionado que es una transicion terrible para una jóven, el pasar de una vida de niña á una vida de esposa. Y despues, como el casamiento es un acto que decide para siempre de la suerte de nosotras, pobres mugeres...

—En cuanto á mí, Clarenzia, siempre consulté tu voluntad, espie los menores movimientos de tu alma, y quise por fin obtener tu corazon, no tu mano.

—Sí, es verdad, Ricardo, y con mi alma te lo agradezco, pues hubiera sido insoportable pasar de repente al dominio de un hombre sin conocerlo, y sin haber quizá ni escuchado el metal de su voz. Esto ha de ser horrible, ¿no es verdad? y sin embargo, á cuántas jóvenes las casan así.

—Por lo demas, Clarenzia, y aun cuando tú no me hubieras conocido sino el día de la boda, no tendrias de que arrepentirte, porque mi empleo ha sido satisfacer aun tus mas recónditos deseos, amenizarte la vida, amarte.

TOM. I.—XVI

2

—Ricardo!

—Clarenzia! Ambos se estrecharon la mano, Clarenzia se quitó un schall de gasa, y quedó descubriendo un cuello blanco como la pluma del cisne, torneado como el de una estatua de Canova, rehuciente y terso como un mármol pulido de Italia.

—En dos años, continuó Ricardo, no hemos tenido ni un solo disgusto.

—Es verdad, ni zelos... ni...

—Ni mal humor.

—Mi voluntad ha sido la tuya.

—Mi ocupacion el adorarle. Clarenzia se desató el peinado, y un cabello castaño enlazado con laurel-rosa, cayó sutil, ondeante, perfumado sobre su blanquísimo cuello.

Ricardo tomó una de las trenzas, la acercó á sus labios, y continuó:—Cuán felices hemos sido! han volado los días para mí como si fueran instantes, ni un momento de fastidio en mi vida, ni una idea de amargura ó de tristeza; te han sido pensamientos de amor y de ilusion.

Clarenzia al descuido descubrió un pisé peinado.

—Clarenzia, ¿qué hermosa eres, cuán plati-amado!

—Ricardo, déjame reclinarme en tu sé igual padre, Clarenzia! Clarenzia! ¿Qué felicidad si la muerte me sorprendiera en tus brazos, dime en esos ojos negros; así, sintiendo el contacto de tu cabello; así, besando tus labios de rosa cuando Clarenzia! sería pasar de un cielo á otro? sería acabar la vida abrazado con un ángel, sería morir de placer y de amor.

Los ojos de Clarenzia se humedecieron. Esta escena pasaba en una de esas lindas casas que se hallan por la ribera de San Cosme, llenas de naranjos, de rosas, de claveles y de mirtos. Ved á Clarenzia de diez y seis años, blanca, de ojos negros, mejillas de rosa y cabello castaño, reclamada en brazos de su esposo, respirando la brisa embalsamada, mirando un cielo azul, melancólicamente alumbrado por la luna, rodeada de luciérnagas, que ya brillaban como diamantes y esmeraldas, ya se ocultaban entre las hojas de los naranjos y de las yodras... y luego una fuente que por allí cerca corria... un cenizante que

cantaba... los acentos de una harpa lejana.... Ricardo lloró de felicidad esa noche.

Ventura rara, rarísima en un matrimonio.

II.

CONVITE.

Ocho días después un lacayo tocó la puerta de la casa de Clarenia, y suplico pusieran en sus manos una pequeña cartita color de rosa, cerrada con una curiosa *ostia en relieve*. Clarenia leyó: "Mi querida amiga. Esta noche tengo un baile de máscara en mi casa. Las personas que han de concurrir son todas conocidas y de confianza, y cuento con que no faltarás. Mucho tiempo hace que estás retirada del mundo, y es preciso que uno que otro día te diviertas: cuenta también con que vendrá tu esposo. Te manda un beso tu tierna amiga.—ANA."

Apenas acabó Clarenia de leer el billete, cuando, llena de infantil alegría, se puso de un brinco en la recámara donde Ricardo dormía un sueño tranquilo, medio recostado en un sofá. Para despertarlo de una manera mas agradable, tomó el partido de cantar una cavatina de la Sonnábula, y de frotar ligeramente los labios y la nariz de Ricardo con una punta de su trenza.

—¡Ah! eras tú, travesía, dijo el marido, estregándose los ojos; entre sueños estaba yo escuchando tu voz. Sigue, sigue cantando, porque es muy agradable dormirse ó despertar con las armonías de Bellini reproducidas por tu garganta. Pero sea, ¡qué contiene ese papellito color de rosa que te paras en la mano?

—Una friolera, Ricardo: es un convite que da p' hacer Ana para un baile de máscaras.

—¡Baile de máscara! murmuró entre dientes. —Cual!... ¡Diablos! esto suele ser peligroso, pues cuando todos saben guardar el decoro necesario; del disfras con educación.

—As nos gentes de confianza y conocidas

Y se deban asistir.

Al ron ese caso....

—Cual!... no es verdad?

—Ea, menester, hija mía, que recuerdes que el médico me ha prohibido salir en estos días.

—Entonces!....

—Dejaremos la diversion para otra vez.

El semblante de Clarenia se contristó.

—Nada de tristeza, ni de pesar, muchacha; si tú lo quieres absolutamente, irás.

—Jenas deseo lo que á ti pueda desagradarte. Era un capricho muerl, una curiosidad de ver solamente lo que hace tantos años que no veo; pero ¡jempañ! ninguno, ninguno tengo. Me quedare gustosa.

—Clarenia, esa resignacion y esa conformidad te hacen encantadora. Es imposible rehusarte nada. Ahora, por el contrario, te ruego que vayas y que te diviertas. Ya combinaremos el modo. Por lo pronto, manda decir á tu amiga

Ana, que te envié el coche y un dominó. Vé, vé, hija mía.

Clarenia miró á Ricardo con una expresion de reconocimiento, y por decirlo así, sin imprimir sus huellas en la alfombra, se lanzó fuera de la alcoba.

A las ocho de la noche Clarenia se puso al tocador. Trage negro de terciopelo bordado de oro. ¡Qué bien le sentaba á su hermosura! ¡Cuán to realzaba la nieve de sus hombros y pecho! Después pasó al derredor del cuello una soga de perlas con una cruz de diamantes y esmeraldas; después cifó su frente con una cadena de oro con un pequeño pájaro de rubies; después fue colocando en sus rosados dedos, anillos de topacio, de ópalo y de brillantes. Clarenia resplandecía como una estrella. Clarenia estaba linda como un scráfin. Clarenia estaba risueña, fresca como la aurora de Guido—Reni.

Ricardo la miraba estasiado.

—Luego que acabó de vestirse, Clarenia dijo á su esposo, ¿estoy bien adornada así?

—Diablos de baile de máscaras! murmuró Ricardo entre dientes.

—¿Quién me acompaña al baile, Ricardo?

—Nadie.

—¿Es posible? ¿Con que tendré que ir sola?

—No tal. Llévate un buen compañero.

—¿Cuál es?

—Tu honor, hija mía, único gran que debe reemplazar las ausencias del marido.

—Dices bien, si todos los esposos fueran así, jamas serian engañados. Adios, Ricardo.

Ricardo besó la frente de su mujer y la acompañó hasta la puerta. En la calle estaba ya aguardándole el coche de Ana.

III.

EPILOGO.

En cuanto paró el coche en la casa de Ana, se revisitó Clarenia de un dominó negro y rosa, se puso una careta, y bajando del carruaje, atravesó el patio, subiendo la escalera, tropezando y evitando algunos máscaras que la querian detener, se encontró por fin en una sala estera, mueblada con ricos sofás y sillones de cerda, y adornada con espejos, cuadros, floreros y arañas de cristal. No sé qué cosa tiene de espléndido, de sorprendente, de voluptuoso, un salon así dispuesto, é iluminado con la blanca luz de la esteperna. ¡Cuánto brillan los adornos de las señoras! ¡Cuánta es la ternura y morbidez de sus formas! ¡Cuán bellas son en fin, esas damas de baile, llenas de aromas, cubiertas de perlas y topacios, crujiendo la seda y el terciopelo de sus vestidos, girando en un wals, rápidas como el viento, fantásticas como unas sílfides. Ved como sus pequeños pies apenas tocan el suelo: ved qué graciosos son los ondeantes contornos de sus vestidos

ved sus cabezas bellas como los bustos de la escultura griega: ved como sonríen, como sus mejillas se encienden, sus lindos ojos se animan, sus manos torneadas y suaves buscan un apoyo, una dulce presión: vedlo todo, sí, vedlo, porque las mugeres son lo mas delicado de la creacion, lo que se admira con una especie de arrobamiento delicioso: ¡oh, es mejor tal vez que no venis nada!

En cuanto á la pobre Clarenia, iba y venia de un lado á otro. Si le hablaban, no respondia; si le decian bromas, sentia subirle la sangre al rostro; si la conducian á un estremo de la sala lo consentia, y con la misma facilidad pasaba á otra parte. Muchos tenian curiosidad de saber su nombre, porque sus manos blancas y delicadas anunciaban una cara hermosa: algunas máscaras, viendo su obstinacion en no hablar y su poca despedicion para una sociedad semejante, la tuvieron por una imbécil y la llenaron de sarcasmos. Al fin Clarenia quedó enmedio de la sala, abandonada, extraña á aquella reunion, y sufriendo los empujones de los grupos de máscaras que bailaban con rapidez, sin hacer caso de los que estaban en pie. La primera idea de Clarenia fué separarse de aquella tertulia, donde reinaba una especie de libertina franqueza que se avenia mal con su genio modesto y recatado; pero reflexionando que tal vez una vuelta repentina á su casa disgustaria á su esposo, tomó el partido de buscar un asiento, donde confundida entre la muchedumbre, nadie se ocupase de ella, á la vez que pudiera divertirse ó entregarse á sus reflexiones, que por el pronto eran melancólicas y como precursoras de algun accidente desagradable. En efecto, se acomodó en un sillón que estaba junto á la vidriera de un balcon y casi oculto entre el cortinaje: allí Clarenia pensó por la primera vez que su vida habia sido quieta é ignorada como las fuentes cristalinas que corren en el desierto: que su hermosura no habia llegado á la vista del mundo; que su juventud iba deslizándose, sin que los incienso de la adulacion la embalsamaran, sin que los acentos lisongeros del amor halagaran el timpano de sus oidos; en una palabra, Clarenia, aunque se reconocia feliz en su estado, sentia que su belleza no hubiese tenido admiradores, que su mano no hubiese sido reclamada y codiciada por muchos, y que su vida se perdiera entre el torbellino del mundo, sin dejar un solo recuerdo sin ser el objeto de la mas ligera memoria.

—¿Y Ricardo no la amaba!—Si; pero Ricardo era su marido, y los pensamientos que asaltan á las jóvenes casadas, son de tal manera, que ó las entristecen con la imagen de una dicha que perdieron, ó las deleitan con un porvenir fantástico é irreizable. Allí en el cúmulo de esas meditaciones generales brotó de improviso en el corazon de Clarenia un recuerdo tierno, melancólico, recuerdo

de los primeros años, recuerdo coloreado con esa apacible y hermosa aurora que acompaña la vida de los niños. Clarenia en aquel momento no oia ni la armonía de la música que tocaba un wals alemán, ni percibía la agitacion y ruido de los que bailaban y conversaban. Eran armonias de otra edad, era la inocente agitacion de otra época, era el eco perceptible de los tiempos de la inocencia y de las ilusiones. Vióse de repente trasportada al jardín de una casa de San Angel, donde oyó por primera vez pronunciar á Antonio la palabra amor; donde con su vestido albo como la nieve y su frente ceñida de rosas, corría por entre la verdura y el césped buyendo de las caricias de Antonio; donde sentada debajo de un árbol contemplaba con cierta envidia á las aves que repositaban juntas en un nido; donde en fin, la brisa embalsamada de las noches de verano, las flores, las aves, el cielo azul, el arroyo trasparente murmuraban las dulces palabras amor, *illusion, felicidad*. Pasaron esos días; Antonio se apartó de Clarenia; Clarenia creció, amó, si se quiere, á su esposo; pero jamás, jamás pudo olvidar enteramente esas escenas. ¿Quién es capaz de borrar la primera afecion tierna y sincera que se graba en los corazones de los niños?

—Un máscara se acercó, y con voz de tiple dijo á Clarenia:—"Mascarita, estás muy triste."

Clarenia respondió maquinalmente:—Si.

—¿Quieres bailar?

—Estoy cansada.

—Una sola contradanza, y te sientas.

—Estoy enferma de un pie.

—Entonces valia mas que no hubieras venido.

—Es una verdad.

—Vamos: puesto que no quieres bailar, platícarémos.

—Como quieras, máscara, todo es igual para mí.

—Tus manitas son muy bonitas; tu pie debe ser pulido, y tu rostro.... ¡Ah! mascarita, dime en secreto quién eres.

—Una muger á quien no conocieras aun cuando se quitara la careta.

—Pues bien, levántala dos dedos: que vea tu boca solamente. Al decir esto chupó mano á la careta de Clarenia.

—Máscara, esa es mucha descortesía!

—Perdon, mascarita; pero te adoro sin conocerle, y no pude resistir á la idea de ver tu linda faz, sí, porque tú debes ser muy linda.

—Te suplico me dejes, máscara, y vayas á entretenerse con otra, con otras mil de esas picharlas y cruzan la sala en todas direcciones.

—Que me vaya, cruel!... Que me vaya, cruel!... ¿Por qué me voy, máscara? ¿Le impide á la máscara? ¿Le impide á la máscara?

—Oh! exclamó Clarenia, ¡dices, máscara!

—Mascarita, dame tu nombre que me lo presente, y qu

¡Jocutor, ejecutando los que

—Caballero, ya es demasiado! exclamó Clarcencia en su voz natural: digo á vd. que se marche de aquí, ó grito á alguno otro que venga en mi auxilio, y sea mas bien educado y caballero que vd.

El máscara quedó petrificado al escuchar la voz de Clarcencia; pero pasado un instante, con una voz conuulsa y mal disfrazada; señorita, plido á vd. mil excusas; acaso no habrá otro mas caballero que yo en la sala; fus en efecto una libertad la que me tomé. . . . pero la costumbre. Espero que no se moverá vd. de este lugar, donde parece que está á gusto, solo por causa de mi indiscrecion.

Clarcencia, que había intentado levantarse del asiento, volvió á quedar quieta con las seguridades y disculpas del máscara. Este, despues de un rato de silencio, prosiguió con su voz de tiple.

—Parece que estás ya contenta, mascarita.

—Si moderas tu charla lo estaré.

—Bien, te voy á contar seriamente una historia que te ha de divertir. Es cosa formal.

—Di lo que quieras, contestó Clarcencia con desden.

—Has de saber que había un jóven que se llamaba. . . . su nombre poco importa, tanto mas que no lo conocerás. Pero creo que no me escuchas.

—Te escuchó, prosiguió, contestó Clarcencia con la misma frialdad.

—El tal jóven, prosiguió el máscara, era bien parecido; pero sus cualidades morales eran todavía mas bellas, y su corazón ardiente como el sol de México. El pobre muchacho amó locamente á una niña, hermosa como tú lo eres, mascarita, y virtuosa y amable tambien como tú, á pesar de ese alivio desden que manifiestas; pero esto no es lo principal del cuento; prosigo con él para no cansarte. Dios concede á todos los mortales una época, aunque corta, de ventura en esta vida. Los inocentes muchachos, que se aman con toda la fuerza de su alma, gozaron. . . . ¡Oh! si los hubieras visto, mascarita, correr y jugar como dos corderillos por las praderas de césped y los bosquescillos de manzanos de Tizapan!

—¡Decías, máscara, que el jóven se llamaba. . . . interrumpió Clarcencia con agitacion.

—Gozaron mil delicias, mascarita; pero digo delicias, porque precisamente un jóven ve á la primera mujer que ama como á su ángel tutelar, como á una virgen sagrada á quien no es lícito ver y andar ni con el pensamiento.

—Pero, máscara, es verdad, contestó Clarcencia, que de que gustas á las mujeres, en su odad tierna

—Clarcencia, veras, tambien aman como los dadas te hacen enc. corazón es puro y limpio y no sabe nada. Ahora, que te agrada la historia! vayas y que te diviertas, no lestea, contestó Clarcencia. Por lo pronto,

cia con afectada frialdad, y puede ser que tuviera gusto en acabarla de oír.

—Pero el mundo, el mundo, señora, contestó el máscara sin darse por entendido de la contestacion de Clarcencia, empaña con su seplor corrompido ese cristal, y una vez que terminó su brollo, su pureza y su tersura, voló tambien el amor, volaron las dichas, voló para siempre lo que hay de mas grato al hombre, que es la esperanza.

Clarcencia lanzó involuntariamente un ahogado gemido, porque el máscara era un demonio sin duda que había adivinado sus pensamientos, que respondia de acuerdo á las meditaciones de su alma.

—Y despues, señora, cuando pasaron rápidos como un meteoró los dias de la niñez; cuando se rasgó el velo que no encubria las miserias é inconsecuencias del mundo; cuando á la luz de la realidad se desvaneció el prisma dorado de las ilusiones de amor, entonces. . . .

—Pero la historia! interrumpió Clarcencia algo conmovida.

—Entonces, señora, cada hombre tiene que contar una historia lastimosa que pocos comprenden, historia lágubre, toda compuesta de martirios, de lágrimas, de sangre que desfila el corazón, y que solo una mujer es capaz de adivinar. ¡Parece que me he explicado, Clarcencia! Al decir esto se quitó la careta.

—¡Antonio!! ¡Antonio!!

—Ya ves, Clarcencia, que mi palidez, continuó Antonio con la voz agitada, no deja mentir á mi boca; ya ves que estas mejillas humedidas y que esta frente amarilla indican una cadena de sufrimientos morales.

—¡Antonio, huye de aquí por piedad! De qué te servirá arrancarme la felicidad y la paz del corazón! Déjame, déjame ir, sácame por Dios de esta reunion loca donde la música y la alegría me martirizan.

—Clarcencia, es imposible; la noche está tempestuosa, y por otra parte desco tener una explicacion corta contigo. Despues, Clarcencia, te conduciré donde quieras, me separaré de tí. . . . para siempre. . . . te dejaré en el seno de la dicha.

En efecto, la lluvia azotaba con fuerza las vidrieras, y solo se veía en la calle al pobre sereno sentado en una puerta delante de su farol, arrebujuado en su capote y parecido á un fólido arigueto.

Clarcencia, sin embargo, se levantó de la silla; pero Antonio la tomó una mano, y la obligó á que volviese á sentarse.

—Y te ibas, te apartabas sin preguntarme qué ha sido de mi existencia en los años que he estado separado de tí? ¡Oh! esto es atroz!

—Ningun interes te causa mi suerte?

—Antonio, toda explicacion es escusada ya entre nosotros. Si quieres envenenar mi vida!

intentas convertirme en una de tantas mugeres perjuradas; si deseas despertar en mi corazón un recuerdo que debe serme amargo como la hiel, entonces habla, habla, Antonio.

—¡Oh Clarcencia! discurre tú como discurre quien no ama, como discurre quien es dichoso; pero yo, Clarcencia, cuya vida está envenenada con un recuerdo: yo que he visto de un golpe desaparecer violentamente todas mis esperanzas; yo que tengo un vacío horrible, eterno, en mi corazón; yo, Clarcencia, que te adoraba como á un ángel del cielo, ¿puedo hablar como tú! Antonio lloró.

—La sociedad, el honor, Dios mismo ha cavado un abismo profundo que nos separa á tí y á mí, Antonio. Era menester despreciar la sociedad, abandonar el honor, renegar de Dios, y entonces unimos para experimentar, no placeres, sino sinsabores, oprobio, vergüenza. . . . ¡Antonio, soy casada! Esto no tiene remedio! Clarcencia sintió que debajo de la careta de burla y de farsa corrían dos gruesas lágrimas que habían brotado de lo mas íntimo de su corazón.

—Clarcencia, no deseo perturbar tu tranquilidad; no deseo degradarte al rango de mi querida. . . . nada, nada que te ofenda, Clarcencia; pero al menos quiero tranquilizar mi corazón; quiero me digas que me amas como una niña. . . . como una hermana. . . . Ya ves, Clarcencia, cinco años de fatigas, cinco años de una constancia sostenida por tu amor, cinco años de pensar día y noche en tí, merecen que pronuncies una palabra que haga de mí vida un largo día, triste y sin sol; pero no una noche lóbrega y desesperada.

—Antonio, espero que no abusarás de mí: te voy á hablar como hablaría á Dios. Con ninguna hubiera sido mas feliz que contigo; mi juventud se hubiera deslizado sin sentirlo por un camino de rosas, y en mi vejez partiría mi tiempo en acariciar á nuestros hijos y en recordar los tiempos de los primeros amores; pero Dios lo ha dispuesto de otra manera. Me casé creyendo que me habías olvidado, y tenia razon: tres años de silencio me persuadieron que aquellos amores habían sido un juego; procuré ahogar, pues, unas memorias inútiles y vagas; separé totalmente mi niñez de mi juventud, y pensé que otra vez en tí; pero lo mismo que se piensa en esos cuentos fantásticos con que nos llenan las vidrieras; hoy, Antonio, un pensamiento que pase de esta clase, es un crimen. Hoy, te lo repito, tengo deberes y obligaciones que cumplir, y nadie en el mundo me separará de ellos. Las pasiones son terribles, impetuosas; pero es menester sobreponerse á ellas y dominarlas. Te he dicho cuanto podia, Antonio: bastante me ha perjudicado esta entrevista casual: en lo de adelante, Antonio, si me amas es necesario que me prometas dos cosas: la primera no procurar verme mas, pues esto te perjudicaría;

la segunda, respetar á mi esposo, pues un lance ruidoso me quitaria inútilmente el honor.

—¡Es verdad, Clarcencia, es verdad! No ha quedado para nosotros en el mundo ni una gota de consuelo; nuestros pobres corazones que se unieron en la niñez, ha sido forzoso dividirlos en la juventud; pero lo que te pido, Clarcencia, es un cariño de hermano; dime que no me olvidarás, que mi nombre será grato á tus oídos, que te complazarás cuando veas enlazadas mis proezas en los campos de batalla, derramarás una lágrima y elevarás á Dios un ruego.

—Antonio! interrumpió Clarcencia conmovida: es menester separarnos; esta conversacion no debe prolongarse mas.

—Sea como lo mandas, Clarcencia. . . . ¡Adios! ¡Adios!—Antonio tomó una mano de Clarcencia, y la iba á acercar á sus labios, cuando un dominió negro que salió del cortinaje como si Lucifer lo evocara, arrebató del brazo á Clarcencia. Antonio, sorprendido, permaneció un corto tiempo inmóvil; despues se levantó del asiento, recorrió la sala, pero en vano, pues los dos máscaras habían desaparecido.

IV.

GUERRA CIVIL.

El dominió negro se abrió paso por entre la multitud de gente que ocupaba la sala, y oprimiendo convulsamente el brazo de Clarcencia, la condujo hasta su casa, sin decirle una sola palabra. Ella por su parte se dejó guiar maquinalmente por el máscara, ó mas claro, por su esposo, que previsor ó suspicaz había seguido á su muger al baile, sin que ella pudiese ni aun sospecharlo; pero luego que se halló sola en su alcoba, se arrojó al lecho y vió un torrente de lágrimas; despues se puso en pie, y mirándose por casualidad en un espejo exclamó:—¡Funesta hermanasura! ¡Desgraciada juventud! ¡Vanos adornos! El mundo, la sociedad diria al mirarme, ¿qué feliz y qué bella es esa muger! ¡Mentira! Esa muger habían sido un juego; procuré ahogar, pues, unas memorias inútiles y vagas; separé totalmente mi niñez de mi juventud, y pensé que otra vez en tí; pero lo mismo que se piensa en esos cuentos fantásticos con que nos llenan las vidrieras; hoy, Antonio, un pensamiento que pase de esta clase, es un crimen. Hoy, te lo repito, tengo deberes y obligaciones que cumplir, y nadie en el mundo me separará de ellos. Las pasiones son terribles, impetuosas; pero es menester sobreponerse á ellas y dominarlas. Te he dicho cuanto podia, Antonio: bastante me ha perjudicado esta entrevista casual: en lo de adelante, Antonio, si me amas es necesario que me prometas dos cosas: la primera no procurar verme mas, pues esto te perjudicaría;

con la cólera de su rival! ¡Ea, defiéndase vd. le repito, ó lo asesino!

El capitán retrocedió y tomó maquiñalmente la pistola.

—Veo, continuó el coronel, que algo quiere vd. hacer en obsequio de su vida; pues bien, tenga vd. este papel; si yo muero en su cuarto, tal vez le servirá para librarse de la horca.

El coronel arrojó un papel á los pies de Antonio.

—Coronel, doy á vd. mi palabra de que me batiré de la manera que vd. quiera; pero al menos permítame preguntarle ¡qué motivo lo obliga á obrar de esta suerte? Yo no he visto á vd. jamás... no lo conozco...

—¡Jamás! es verdad; pero á ella sí la ha visto vd. y la conoce! ¡Oh! ¡Todos los seductores conocen sin duda mejor á la mujer que al marido!

—¡Seductor me llama vd!... Muchas faltas habrá cometido en mi vida; pero seducir á una mujer, nunca, señor coronel, sé qué mujer...

—¡Infame! ¡cobarde! ¡No sabe cuál y la ama!... ¡la ama!... ¡Repito es vd. un infame, que no merecía llevar las insignias de capitán en los hombros! El coronel arrancó las divisas al capitán, y se las arrojó á la cara.

—¡Vive Dios, coronel, que ha venido vd. á buscar la muerte á mi propia habitación! ¡Fíre vd., úre vd., ó yo soy el que lo asesino! Antonio fijó la boca de la pistola en línea recta á la frente del coronel.

—¡Gracias á Dios, exclamó éste con una convulsiva, que ha recobrado vd. su energía de hombre, porque me habia vd. parecido un muger... un mandrial!

—¡R- Por Cristo, coronel, úre vd., y no hable sarcasmo! es el vuelo el cráneo.

A eso he venido, Sr. capitán. Ahora se sabe lo probable que no sea vd. el segundo esposo de Clarenzia.

—¡Clarenzia! ¡Vd. es el esposo de Clarenzia! —Si no lo fuera, si la vida no me abrumara, ¡habia yo de venir como un loco á dejarme matar por vd., ó á matarlo yo!

—Coronel, interrumpió Antonio arrojando la pistola al suelo, vd. es dueño de asesinarme, porque yo no he de ofender á vd.

—En ese caso, Dios tenga piedad de la alma de vd., replicó el coronel fríamente.

En esto tocaron la puerta. El coronel ocultó la pistola, Antonio se paró á abrir, y se encontró con que un criado le entregó un papel, y se retiró al momento. Antonio lo abrió, lo recorrió rápidamente con la vista, y lo entregó al esposo diciéndole:—Ya ve vd., coronel, no me ama Clarenzia: me pide que le cumpla la palabra que le di de alejarme para siempre. Así lo voy á hacer; y francamente, sería mejor que vd. me quitara la vida. Los ojos del capitán se llenaron de lá-

grimas, y no pudo decir más, porque la voz se le anudó en la garganta.

El capitán tomó el papel y leyó: “Señor. La conversacion que prevaleció de las circunstancias tuvo vd. anoche conmigo, ha causado un grave disgusto á mi esposa, que nos sorprendió en ellas, como vd. fué testigo. No amo á vd. ni como amiga... ni como hermana, y por lo tanto es inútil que con su presencia se turbe mas la dicha de un matrimonio. Así, le ruego que procure alejarse cuanto antes, y sobre todo evite cualquier encuentro con mi esposo. Su servidor &c.”

—Coronel, mañana marcho á reunirme con mi regimiento, dijo el capitán con la voz ahogada por el llanto.

—Sea vd. feliz, capitán, respondió el marido estrechándole la mano, y quiera el cielo volver á vd. la paz del corazón.

—La paz de la tumba me conviene.

—Es una fatalidad amar, capitán; calculo por mis sufrimientos los de vd., y la agradezco este sacrificio.

—¡Está vd. satisfecho, coronel!

—Es vd. muy generoso, capitán; gracias, mil gracias. Sea vd. feliz: adios.

—Adios, coronel, ame vd. mucho á Clarenzia.

—Al menos, capitán, la veneraré como una santa, y á vd. lo respetaré como un caballero.

El coronel se embolsó en la capa, y salió del cuarto de Antonio.

VI.

CATÁSTROFE.

¡Cuál es la pareja humana que llama el vulgo matrimonio que no ha tenido alguna vez sus pequeños y acaso grandes disturbios? ¡Cuál es en fin, el mortal que ha escapado del furor de esas grandes oscilaciones, ó si puede decirlo, cataclismos del alma que se conocen en la vida con el nombre de amor, celos y venganza! Triste y miserable condicion la humana! ¡Todas las flores de sus ilusiones han de tener espigas, y al agostar la copa del amor, ha de encontrar en el fondo amarga hiel! Pero cuando el hombre ha pasado por todas esas alternativas y contrastes, cuando la experiencia le ha enseñado á vivir mejor, y cuando en fin, la filosofía le ha dado á conocer lo transitorio, inconstante y perecedero de las cosas humanas, entonces recorre la escala de sus recuerdos con cierta melancólica conformidad; entonces contempla tranquilo ese mar tempestuoso y furibundo de las pasiones, donde en otros tiempos vagaba sin brújula ni timon. Esto sucedia ya á Ricardo, un año después de la escena que referimos en el capítulo antecedente. Una preciosa niña que dió á luz Clarenzia borró absolutamente las memorias de los pasados disgustos, y la ventura matrimonial

GRAN TEATRO DE SANTA-ANNA.

TENEMOS el placer de publicar en esta Miscelánea, la fachada del teatro nuevo de la calle de Vergara, cuya construccion está ya muy adelantada; y probablemente se concluirá en todo el presente año. México no tenia hasta ahora un teatro digno de su civilizacion, y bajo algunos aspectos, eran mejores que los de México, los de algunos Departamentos.

No nos proponemos por ahora cesaminar cuál es la influencia que las representaciones dramáticas ejercen en la ilustracion y en las costumbres. El principal objeto de este artículo, es hacer conocer el mérito arquitectónico del nuevo teatro, que consideramos como uno de los mas bellos edificios de México. Al escribir sobre esta materia, no hacemos mas que copiar las observaciones que se ha servido comunicarnos el Sr. Hidalgo, arquitecto á cuya direccion se ha encargado la construccion de esta magnífica obra. Seria en nosotros una temeridad, el pretender juzgar y decidir en una materia que nos es absolutamente estraña. Este juicio solamente corresponde á las personas que sean inteligentes. Unicamente diremos con los autores de la *Enciclopedia moderna*, que “el programa mas difícil que un arquitecto puede tener que desempeñar es, sin contradiccion, el de un teatro, sea cual fuere su dimension.” Los mismos autores de aquella obra, añaden: que el principal defecto de algunos teatros de Europa, consiste en que no tienen fachada exterior que los caracterice, ni pórtico, ni otros departamentos con que va á hermosearse el nuevo teatro de México, según el mismo Sr. Hidalgo nos ha manifestado al recorrer, como lo hemos hecho bajo su direccion, las obras de aquel edificio ya construidas, y el terreno en que deben construirse las que están demarcadas en la planta que tambien se ha servido explicarnos.

El órden de la parte principal de la fachada es corintio: cuatro columnas y dos pilastras, componen cinco intercolumnos que forman la entrada al gran peristilo, cuyo piso está elevado sobre el plano de la calle, dos y medio pies; existiendo por lo mismo, cinco escalones ó gradas que se perfilan en los zócalos de las columnas y pilastras. Se estiende la fachada á los lados del peristilo, á dos casas dependientes del teatro, las cuales participan de la misma ordenanza principal, en toda su elevacion y ancho. El todo del órden, abraza

el cuerpo bájio y principal, y está terminado por un tercer cuerpo ático, coronado con un acroetico ó balaustrada. En el fondo del peristilo hay cinco arcos que comunican al vestibulo de ingreso; en las alas de la fachada hay en cada una tres arcos de entrada, de dimensiones iguales á los del vestibulo, y comunican á las piezas que forman el piso bajo de las casas; en el piso principal y en el ático, se corresponden balcones y ventanas, con los ejes de todos los arcos del piso bajo. Seis estatuas y dos jarrones de mármol, se colocarán sobre los pedestales del acroetico que se proyectan sobre cada columna y pilastras. El todo domina los edificios inmediatos, tanto por su elevacion, como por su carácter monumental.

La composicion general de una fachada, despues de estar en relacion exacta con la disposicion interior del edificio á que corresponde, es susceptible de distintas combinaciones en sus elementos, de cuya eleccion y conveniencia depende la unidad y la armonía que debe existir en el todo, asi como de lo primero depende el verdadero carácter. Nada mas sencillo para obtener un resultado feliz y grandioso en la eleccion de las partes que constituyen una fachada, que imitar los principios seguidos y emitidos por los antiguos. “En un edificio público, debe el arquitecto echar mano de los elementos que mas contribuyan á la grandeza, á la magnificencia y ornato de una ciudad: á este principio sin duda se debe el que se edificaran tantos monumentos cuya admiracion ha llegado hasta nosotros despues de muchos siglos. Las artes eran para los antiguos, todo lo que hay de noble y puro en la vida; el ornato y el embellecimiento de sus ciudades, se veia con una religiosa veneracion; el artista ejercia su profesion, como se practica la virtud, *por vocacion*; por esto se componian sus ciudades de grandes plazas, de vastos pórticos, de inmensas galerías y monumentos sin número. Todo lo que llevaba el carácter nacional era tanto mas magnífico, cuanto los particulares se manifestaban en sus habitaciones mas moderados. Ofrecer en don al Estado lo que habian sustraído á los gozes del egoismo, para que las fiestas, los espectáculos y solemnidades nacionales fuesen mas suntuosas y magníficas; olvidarse de sí mismos por cooperar al brillo y esplendor de la patria; he aquí en lo que consistia la gloria de

los antiguos. De este amor tan entusiasta por las artes, nacia la opinion religiosa de santidad, por la inviolabilidad de cuanto ellas habian producido (*).

Estos mismos principios proclaman los autores contemporáneos, criticando con todo el ardor de su imaginacion las mezquinas y extravagantes producciones arquitectónicas, cuya base es el egoismo y el interes particular. Felizmente el edificio, cuya fachada presentamos, no tiene esos defectos que produce un interes mezquino; su digno empresario, el Sr. Arben, abunda en ideas de magnificencia y ornato, conciliables con una economía bien entendida. Por dar á este edificio una fachada, cuyo grande y hermoso peristilo tanto la embellece, se ha suprimido un salon que debía construirse segun otra combinacion menos monumental: esto prueba que el desigño de hacer una obra grandiosa y nueva en Mexico ha guiado al empresario. ¡Feliz el artista ocupado por personas de ideas tan nobles é ilustradas! ¡Feliz tambien el empresario que ha hallado apoyo en un gobierno que conoce la importancia de proteger las artes de una manera eficaz y generosa, y que ha querido caracterizar la época de su administracion con grandes monumentos! No toca al autor del proyecto anunciar desde ahora el efecto que debe producir ya construida la fachada del teatro; pero sí manifestar que está compuesta estrictamente en correspondencia con los principios del arte, establecidos por los antiguos, y sin ninguna restriccion por parte del empresario. Es de esperar por consiguiente un resultado feliz. Efectivamente debe ser satisfactorio, porque el órden corintio por sí solo, empleando con discernimiento y conveniencia, conservando toda su pureza, no puede menos de encantar al hombre de buen gusto. El efecto grandioso que producen los pórticos á los cuales se les ha conservado el nombre antiguo de peristilo, se debe con especialidad á las sombras vigorosas que se forman detras de las columnas, las cuales destacándose del fondo sobre el que predominan, y perfilándose, se ostentan con toda la hermosura de que es susceptible el elemento mas bello de un órden. Por esto los antiguos daban mucha profundidad á los peristilos de las fachadas de sus templos; el poco efecto que producen algunas fachadas modernas, aunque la conveniencia haga que tengan pórticos, es debido al poco fondo de éstos; este inconveniente se ha salvado en la fachada del teatro, pues el fondo de las columnas está á la distancia de dos intercolumnios. Además todas las otras partes que la constituyen están en correspondencia y subordinacion con el todo, y en correlacion reciproca; y en fin, se ha procurado en la adopcion de todas las partes de que se compo-

(* Demóstenes, Plutarco, Plinio,

ne la fachada, aplicar los principios de unidad, de que depende en las artes la belleza."

Nuestros lectores formarán una idea mas exacta del mérito y carácter arquitectónico del nuevo teatro, cuando publiquemos las plantas y cortes de él con las esplicaciones convenientes.

Damos las gracias al Sr. Hidalgo por la bondad con que se ha servido proporcionarnos materiales muy interesantes con que amenizar nuestra Miscelánea, y deseamos que muy pronto tenga la satisfacion de ver admirados y elogiados sus trabajos, que tanto contribuyen al ornato y magnificencia de esta capital.—L. E.

LA LENGUA CHINESCA.

El idioma de la China se considera generalmente en Europa como la lengua mas difícil del mundo. No obstante, se puede aprender como todas las lenguas humanas, pues que sirve de medio de comunicacion á mas de trescientos sesenta millones de hombres. Se juzga generalmente tan difícil, porque está representada por un sistema gráfico, enteramente diferente de los otros sistemas usados ahora en Europa y en las otras partes del mundo. La lengua chinesca se puede llamar, como la nacion que la habla, *antidiluviana*. Pertenece á la edad *gerogifíca*, á la que pertenece tambien la escritura del antiguo Egipto. En su origen la escritura chinesca no era sino una pintura informe de los objetos materiales. Para representar el sol, la luna, los árboles, los animales &c., se diseñaba una figura gruesa á la que se adhería el nombre ó la pronunciacion que estos objetos habian recibido ya en el lenguaje vocal, como *ji, jóné, leng, mou* &c.

Actualmente se poseen en Europa medios bastante fáciles para aprender la lengua chinesca; hay tambien una cátedra de lengua y de literatura chinesca, establecida en el colegio de Francia, la única que se halla fundada hasta aquí en Europa. Pero se puede aprender pasablemente esta lengua con el único auxilio de los métodos gramaticales y de los Diccionarios publicados por los europeos. Los chinos tienen muchos excelentes diccionarios, enteramente chinos. El mas célebre y mas usado es el del emperador Khang-hi (*Khang-hi-tseu-tsan*) no porque éste principe sea el autor de él, sino porque él ha escrito su prólogo, y se ha publicado bajo su reinado. Las palabras ó caracteres mas usadas en la lengua chinesca, que llegan al número de cerca de 32,000, están esplicadas en aquella obra con el mas grande cuidado, y en un órden regular. El método que en ella se sigue tiene mucha analogía con el que Johnstun ha seguido en su célebre Diccionario ingles, en el que numerosas citas de autores esplican las diversas acepciones de las palabras.

(Traducido de la Nueva Enciclopedia para el Museo)

ABACUS.

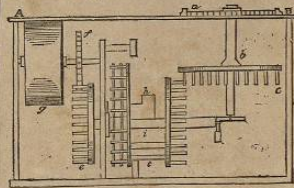
PARA dar á nuestros lectores una idea de la construccion general de estas máquinas, y de los principios en que se fundan, elegimos para esplicacion, la de Pascal, el primero que se ocupó de ellas. De las que desde entonces han sido constraídas, hay algunas que han sido consideradas con ventajas sobre aquella que está en práctica; pero como la primera de esta clase, y como que la ha servido de modelo á muchos de sus sucesores, ella es el objeto de nuestra preferencia en esta vez.



El anterior grabado presenta una vista general del instrumento con el operador, manejándolo, que tiene una mano empleada en poner en movimiento una de las ruedas móviles del aparato, y la otra ocupada en poner de acuerdo las operaciones de la máquina con las figuras contenidas en un papel que tiene á su lado. La máquina consiste en una caja cubierta, con una lámina de metal, horadada por un lado con diversos tablados cuadrados, como se representa en la figura. Del lado opuesto á la lámina, hay un número de ruedas calculadas, cada una móvil, y rotando libremente sobre su propio centro. La primera del extremo derecho tiene doce dientes; la segunda, procreciendo de derecha á izquierda, tiene veinte, y todas las otras, diez. Cerca de cada una de estas ruedas ó rodillos, se describe un círculo ó borde exterior en la superficie de la lámina, cuyo círculo está dividido en el mismo número de partes iguales, cuantos dientes tiene la rueda que lo rodea, y que es móvil como si estuviese dentro de él. Las figuras correspondientes á cada uno de estos puntos de di-

vision, están inscriptos en todos los círculos fijos, comenzando con 0 en la porcion de cada uno, que por mas cerca de la estremidad del lado del cajon, en que están colocados, y siguiendo circularmente en la direccion, ó de izquierda á derecha. Pasando sobre cada uno de estos *ceros* puntos de division, y unida á la superficie de la lámina, se encuentra una pequeña lengua de metal, que proyecta ligeramente sobre la rueda fija, la que sin embargo no permanece ni está en contacto con ella, sino simplemente con el fin de detener el movimiento de la barilla que está en la mano del operador, como se ve en la *viñeta*, cuando aquella es empleada en dar movimiento á alguna de las rodajas ó ruedas. Del número de dientes que hemos dado á estas ruedas, es evidente que la del extremo derecho que contiene 12, está calculada para que pueda llamarse rueda de penique; la segunda, que tiene 20 por una rueda de chelín; la tercera que tiene 10, por la unidad de libras; la cuarta por decenas; la quinta por centenas, la sexta por millares; la séptima, por decenas de millares, y la octava por centenas de millares. Aumentando la máquina, este número puede ser aumentado, y lo mismo el poder del instrumento (*).

Procederemos ahora á describir el movimiento interior de la maquinaria. El movimiento es comunicado por la rueda y el eje *a b*, que está provisto con una rueda dentada *c*. Ella obra inmediatamente en las series que están colocadas en la direccion opuesta. En el mismo eje están colocadas dos ruedas semejantes, *d e*, la última de las cuales dá movimientos á la rueda y cilindro *f g*. Hay dos aberturas en la lámina superior *A B*, por medio de las cuales las figuras



(*) Como se vé las tres primeras operaciones están calculadas para las fracciones, de la moneda inglesa.—7.

del cilindro pueden ser vistas, de manera que la persona que mueve la rueda *a*, puede prontamente registrar la cantidad del movimiento, observando las figuras conforme pasan por estas aberturas.

En la completa máquina hay muchas series de ruedas, y comunican unas con otras por medio de una pequeña palanca *h*, manifestada en el dibujo. Ahora, si suponemos el primero de estos cilindros habiendo hecho una completa revolución, las dos barras *i* *i'*, relacionadas ó unidas con él, habrán levantado la palanca y movido la rueda que comunica con ella del próximo tren, un diente adelantado en su movimiento. Si por ejemplo, fuese el cilindro que representa el chelín, indicará por estos medios una libra sencilla en el círculo dividido del próximo tren. No obstante la habilidad y exactitud empleada en instrumentos de naturaleza semejante al que hemos descrito, su poder es necesariamente muy limitado, y no tiene comparación ni en tamaño ni en exactitud al gran dispositivo concebido y ensayado por Mr. Babbage. Sus muy altas funciones solo fueron destinadas á verificar las operaciones de la aritmética común; es verdad que la máquina de Mr. Babbage puede practicar estas operaciones; puede también extraer las raíces de los números y aproximarse á las de ecuaciones y aun á sus imposibles raíces; pero no es este su objeto. Sus funciones, en contraposición á la de todos los otros medios para calcular, es comprender ó verificar en maquinaria el método de diferencias que nunca ha sido conseguido ántes; y los efectos que es capaz de producir y las obras que en el curso de pocos años esperamos ver ejecutadas, la colocará á una infinita distancia de todos los esfuerzos hechos por el genio mecánico. Grande como se conoce ser el poder del mecanismo, nos aventuramos sin embargo á decir, que muchos de los mas inteligentes de nuestros lectores, admitirán apenas ser posible, que las tablas astronómicas y de navegación puedan ser computadas con seguridad por medio de maquinaria; que la máquina pueda corregir por sí misma los errores que pueda cometer, y que los resultados, cuando estuvieren enteramente libres de error, puedan ser impresos sin la ayuda de manos humanas, ó la cooperación de humana inteligencia.

“Todo esto, sin embargo, dice Sir David Brewster en sus divertidas *Cartas sobre la mágica natural*, puede hacer la máquina de Mr. Babbage; y como yo he tenido la ventaja de verla en el acto de calcular, y de estudiar su construcción con el mismo autor, estoy en aptitud de dar esta aplicación por mis observaciones personales.” Ella consiste esencialmente de dos partes, una de cálculo y otra de imprenta, siendo ambas necesarias al complemento de las miras del inventor, porque todas las ventajas serian perdidas, si los cómputos

hechos por la máquina fuesen copiados por manos humanas, y trasferidas á tipos por el procedimiento común. La mayor parte de la maquinaria calculadora, de la cual solo los dibujos cubren cerca de 400 pies cuadrados de superficie, está ya construída, y presenta una obra de mano de tan extraordinaria habilidad y belleza, que nada se ha visto semejante. En la parte de imprenta, se han hecho menos progresos en la ejecución actual, en consecuencia de la dificultad de su arreglo, no para trasferir los cómputos de la parte calculada al cobre ó otra lámina destinada á recibirlos, sino para dar á la misma lámina el número y variedad de movimientos que la forma adoptada en tablas impresas, pueda requerir para la práctica.

El objeto práctico de la máquina calculadora es, computar ó imprimir una estensa y grande variedad de tablas astronómicas y náuticas que no pueden hacerse de otra manera sin enorme trabajo intelectual y manual, y que aun ejecutadas con tal trabajo, no podrían ser calculadas con la seguridad necesaria. Los matemáticos, astrónomos y navegadores no cesen ser informados del valor real de tales tablas; pero será oportuno advertir para noticia de otros, que diez y siete grandes volúmenes en folio, fueron solamente calculados bajo la superintendencia de M. Proby, con un enorme gasto safragado por el gobierno francés; y que el gobierno británico consideraba ser estas tablas de la comision francesa de longitudes, imprimir un extracto de ellas sufragándose los gastos por las dos naciones, y ofreciendo adelantar para ello cinco mil libras esterlinas. Pero ademas de las tablas de logaritmos, la máquina de Mr. Babbage calcula tablas de las potencias y producidos de números, y todas las tablas astronómicas para determinar las posiciones del sol, luna y planetas; y los mismos principios mecánicos le han facilitado introducir innumerables ecuaciones, de diferencias finitas, esto es, cuando la enagen de diferencias es dada, puede, fijando un número, producir al término de un tiempo dado, cualquier término distante que pueda ser requerido, ó cualquiera sucesion de términos, comenzando en un punto distante.

En cuanto á los medios de llevar á efecto estas operaciones, creemos mas oportuno transcribir las propias palabras de Mr. Babbage. “Como la posibilidad de ejecutar cálculos matemáticos por medio de una maquinaria, puede parecer muy tardado á los lectores no matemáticos, y como él está relacionado con el fin de la division del trabajo, quiero emprender en pocas líneas, como se puede verificar, y de este modo remover una pequeña parte del velo que cubre este aparente misterio. Que casi todas las tablas de números

que siguen una ley ó regla, no obstante que sea complicada, puedan ser formadas, en una mayor ó menor estension, solamente por la colocacion conveniente de la sucesiva adición y sustracción de números dispuestos en cada tabla, es un principio general que puede ser demostrado solamente á aquellos que están bastante versados con las matemáticas; pero la comprension, aun de los lectores que no se hallan mas que ligeramente instruídos en esta ciencia, fácilmente concebirán que no es imposible, atendiendo al siguiente ejemplo.

Términos de la tabla.	A. Tabla de cuadrados.	B. Primera diferencia.	C. Segunda diferencia.
1	1	3	2
2	4	5	2
3	9	7	2
4	16	9	2
5	25	11	2
6	36	13	2
7	49		

Cualesquiera número en la tabla, columna A, puede obtenerse, multiplicando el número que expresa la distancia de este término, del principio de la tabla, por sí mismo; de este modo, 25 es el quinto término contado desde el principio de la tabla, y 5 multiplicado por sí mismo, ó 5 es igual á 25. Sustraigamos ahora cada término de esta tabla del próximo subsiguiente término, y coloquemos el resultado en otra columna (B) que puede ser llamada, columna de la primera diferencia. Si otra vez sustraemos cada término de esta primera diferencia del término subsiguiente, encontramos que el resultado es siempre el número 2 (columna C); y que el mismo número se presentará siempre en esta columna que podrá llamarse la segunda diferencia, parecerá á cualquiera persona que se tome el trabajo de llevar en la tabla algunos términos mas. Ahora, cuando una vez esto es admitido como un hecho conocido, es enteramente claro que, con tal que el primer término (1) de la tabla, el primer término (3) de la primera diferencia, y el primer término (2) de la segunda ó constante diferencia, sean originalmente dados, podemos continuar la tabla á cualquiera estension, meramente por simple adición, porque las series de las primeras diferencias pueden ser formadas añadiendo repetidamente la constante diferencia 2 á (3) el primer número en la columna B, y entonces necesariamente obtendremos las series de números impares 3, 5, 7, &c. y otra vez por adiciones sucesivas cada uno de

estos al primer número (1) de la tabla, produciríamos los números cuadrados.

Habiendo de este modo facilitado alguna luz sobre la parte teórica de la cuestion, Mr. Babbage continúa demostrando, que la ejecución mecánica de tal máquina que produzca estas series de números, no difiere de la maquinaria común como puede concebirse. El imagina tres relojes colocados uno junto á los otros sobre una mesa, teniendo cada uno solamente una manecilla, y mil divisiones en lugar de doce horas marcadas en la carátula; y cada tiempo una cuerda estirada, sonando en una campana el número de las divisiones que cada aguja señala. Supongamos que dos de estos relojes, que para distinguirlos los llamaremos B y C, tienen algun mecanismo por el cual el reloj C adelanta la mano del reloj B, una division por cada golpe que da en su propia campana; y supongamos al reloj B adelantando por un medio semejante la mano del reloj A una division por cada golpe que aquel dé en su propia campana. Habiendo colocado la manecilla del reloj A en la division I, la de B en III, y la de C en II, tirando la cuerda del reloj A, sonará; tirando la cuerda del reloj B, sonará tres; al mismo tiempo, en consecuencia del mecanismo que hemos indicado antes, adelantará la mano de A tres divisiones. Tirando la cuerda C, que sonará dos; y adelantará la mano de B dos divisiones, ó á la division V. Dejad repetir esta operacion; A sonará cuatro, B cinco, y de este modo adelantará la mano de A cinco divisiones, y C sonando otra vez dos, adelantará al mismo tiempo la mano de B dos divisiones. Tirando otra vez, sonará nueve; B siete, y C dos. Si en ese momento estas divisiones suenan ó señalan, y se observase el reloj A y se anotase el efecto por medio de la escritura, se hallaría, que estos relojes producen una serie de cuadrados de números naturales, y esto seria mas evidente si la operacion fuese continuada mas adelante de lo que hemos indicado. Por lo demas, tales series solo se extenderian por este mecanismo, á lo mas, á las tres primeras figuras; pero ellas serian suficientes á dar alguna idea de la construccion; y de hecho, dice Mr. Babbage, este fue el punto á que llegó el primer modelo de su máquina calculadora.

Con el fin de presentar alguna idea del poder de esta estendida máquina, mencionaremos el efecto producido por una pequeña máquina-modelo, construída por el inventor, y por lo cual compuso la siguiente tabla de la fórmula $x^2 + x + 41$. Las figuras conforme fueron calculadas por la máquina no fueron presentadas á la vista en regla progresiva é instrumento semejante; pero fueron exhibidas en dos lados opuestos de la máquina, por ejemplo, el número 383 apareció en figuras delante de la persona empleada

da en copiar. La siguiente tabla fué calculada por la máquina referida.

41	131	383	797	1373
43	151	421	853	1447
47	173	461	911	1523
53	197	503	971	1601
61	223	547	1033	1681
71	251	593	1097	1763
83	281	641	1163	1847
97	313	691	1231	1933
113	347	743	1301	2021

Mientras que la máquina estaba ocupada en calcular esta tabla, un amigo del inventor emprendió escribir los números conforme aparecían. En consecuencia de la violencia con que escribía el copista, casi esperaba á la máquina al principio; pero luego que aparecieron cinco figuras, la máquina obró con la misma prontitud que el escritor. En otra prueba, treinta y dos números de la misma tabla fueron calculados en el espacio de dos minutos y treinta segundos, y como ellos contenían 82 figuras, la máquina producía 33 figuras cada minuto ó mas de una en cada dos segundos. La otra subsecuente ocasión produjo 44 figuras por minuto; y esta cantidad de cómputo, podrá ser mantenida por cualquier estension de tiempo.

Será conveniente añadir que Mr. Babbage ha asegurado últimamente, que consideraba el poder de su máquina, escasamente perfeccionada, en verdad; que el automática apenas estaba en su infancia. Si talera la infancia de esta máquina gigantesca ¿qué no podremos esperar de su madurez? Se une generalmente que su autor ha recibido una gran recompensa en obsequio de su invención; sin embargo, este es un error vulgar. El ha dirigido y vigilado la construcción del instrumento á expensas del gobierno, pero ni directamente ha recibido la menor compensación pecuniaria por sus servicios.

ENCICLOPEDIA BRITÁNICA.

(Traducido del Fam. Mag. para el Museo Mexicano)

MODO DE PREPARAR LAS PLANTAS EN LOS HERBARIOS PARA IMPEDIR QUE SE PUIEN.

Se deben lavar las plantas con la composición siguiente.

Sublimado corrosivo (dento-cloruro de Mercurio).....	2 dracs.
Agua limpia comm.....	4 id.
Alcohol.....	2 id.

Todo esto debe mezclarse, y con un pincel, lavar todas las plantas que se quieren conservar en buen estado en el herbario.—Método que adquirí del profesor de botánica en Bolonia (Italia), el Sr. Bertoloni.—J. V. de L.

Romances vulgares

De los árabes modernos, extractados de la Recopilación intitulada: MISCELANEA DE LITERATURA ORIENTAL Y FRANCESA, por J. Agoub.

Hoy que tu talle, como un tronco erguido está de esbelto y gracioso, concédeme tus caricias, amado mío, y aprovechemos el tiempo que luye. No cierres ya al amor la puerta secreta de tus favores. Creceme, la beldad es transitoria, y su imperio no ha sido aun duradero para ninguna mortal.

¿Te han comparado al astro de las noches; mas cuánto se engañan en su idioma! ¿Estos hermosos ojos y ardientes pupilas las tiene la luna por ventura? Las cañas se doblegan é inclinan al menor soplo del cañiro; tú que te les asemejas por la ligereza de tu talle, tú ves inclinarse ante tí á los hombres todos.

Si el tormento de mi corazon te hace feliz, atormentame; porque mi dicha es la tuya, sino es que la tuya me es aun mas dulce. ¡Si quisiera arrebatarme la vida, si necesitas este sacrificio, toma mi vida; ¡oh tú que eres mi única vida, y no te enojos conmigo!

¿Qué mal podría haber, hermosura juvenil, en que me tratases con mas justicia? Curarías mi dolorosa enfermedad por un remedio que me exceptaría de ocurrir al Kanon de Avicena (1).

Siempre que contemplo tus hermosas cejas, creo reconocer en ellas el gracioso contorno del noun (2); y tu voz tiene mas armonía para mi oído, que el tañido del harpa y del senthir (3).

Al pasar el amor mío por la pradera, el ramo del sauce se encoló de su esbelta estatura; la rosa se inclinó avergonzada al ver el encarnado de su mejilla, y yo exclamé: ¡Oh tú, que has causado mi alma, tus miradas han abierto en mi seno una herida incurable!

Yo amo, amo á un jóven, y mi pasión calla, ama arde en el fondo de mi corazon. Cuando el amor se deslizo en mi seno, apenas un ligero hozo sombreaba su labio. Sí, yo estoy enamorado, y por tí, amado mío, es por quien corren mis lágrimas; mas juro por quien crió el amor, que jamas mi corazon amó á otro mas que á tí. A tí consagro mi primera llama.

Fresnillo, Mayo 10 de 1843.

(Traducido del francés por P. P. E.)

- (1) El célebre tratado de medicina de Ebn Sina.
(2) Letra árabe cuya forma es arqueada.
(3) Instrumento de cuerdas.



EL PERRO.

SU INDOLE, SU INSTINTO Y SUS COSTUMBRES.*

La conquista mas singular que el hombre ha hecho sobre la naturaleza, la mas completa y quizá la mas preciosa, consiste en haber reducido al perro á la domesticidad.

El régimen del perro era en gran parte carnívoro; el hombre ha sabido modificarlo de tal suerte, que lo ha hecho casi en todo semejante al suyo, y que este animal ha llegado á participar de los mil manjares inventados para satisfacer la sensualidad mas delicada. El carácter del perro era pendenciero y feroz; el hombre lo ha hecho dulce, sumiso y complaciente; le ha inspirado el reconocimiento, la adhesión, y un verdadero afecto; despues de haberle sacado de su existencia nómada, le ha fijado en su hogar, bajo su techo; ha hecho de él un compañero en la guerra y en la caza; en la intimidad de la familia, el perro participa de las afecciones de ella.

Si se pregunta desde qué época comenzó la servidumbre del perro, se reconoce luego que debe haber comenzado desde los tiempos mas remotos, desde la cuna de la civilization, y que el perro fué quizá el primero de los animales domésticos. Ha debido bastar una feliz casualidad, una grosera experiencia para descubrir las buenas cualidades del perro, y para conocer todo el partido que se podia sacar de él. «Cómo habria podido el hombre, dice Buffon, sin auxilio del perro, conquistar, domar y reducir á la esclavitud á los otros animales! ¿Cómo podria tambien hoy descubrir, cazar, y destruir á las bestias salvajes ó dañosas. Para ponerse en seguridad y dominar la universalidad de los seres vivientes,

ha debido comenzar por hacerse un partido entre los animales, conciliarse con dulzura y por medio de caricias á aquellos que eran capaces de adherirse y de obedecerle á fin de oponerlos á los demás. El primer arte del hombre ha sido pues la educación del perro, y el fruto de este arte la conquista y pacífica posesion del resto de la tierra. Quizá se ha cesagurado por Buffon la utilidad del perro, cuando ha dicho que su domesticación habia sido necesaria al establecimiento de las sociedades; pero hay en ese pasaje de Buffon que acabamos de citar, una de esas miras providenciales, una de esas grandes consideraciones en que consiste la gloria del ilustre naturalista, mas bien que en la admirable magia de su estilo.

El hombre por el inmenso desarrollo de sus facultades, parece de tal suerte superior á todos los demás seres, que se diria que éstos eran verdaderas máquinas criadas por la naturaleza para satisfacer sus necesidades, y para instrumentos de su recreo. Pero el Perro en cierto modo está colocado entre los seres como para ligar al hombre, por medio del afecto, al resto de la naturaleza animada; el perro es un animal susceptible de sentir y de espresar como el hombre; él tiene respeto hácia sus superiores, reconocimiento por los beneficios, arrepentimiento por las faltas; él llega aun á lamer la mano que lo hiera. No obstante, tiene amor propio; orgulloso con unos, es bueno y generoso hácia aquellos á quienes él protege. El amor de la gloria lo escita; está lleno de ardor, de corege, de impetuosidad;

* Este artículo contiene únicamente algunos párrafos escogidos que hemos traducido de la Nueva Enciclopedia.—L. E.
TOMO I.—XVII

no hay peligro alguno que no arrostre para salvar la vida de su señor; él le defiende contra los bandoleros, le saca de las ondas. Su fidelidad y su adhesión son sin límites; espira sobre el tesoro confiado á su cuidado. Para juntarse á su amo, se acuerda de un largo camino por el que no ha pasado sino una voz; le llama con ahullidos lamentables, y al verlo volver manifiesta una alegría ruidosa; acoge á los amigos de su señor, protege á sus hijos, arroja á los extraños, desdena á los desgraciados que ve despreciados, y se arroja sobre los andrajos que los cubren; ejecuta las órdenes que ha recibido, lleva una carta al lugar que se le indica, se lanza á la voz de su señor; carga grandes pesos, guarda los ganados, y en los hielos del polo arrastra el carro de los Esquimales. El perro tiene memoria, compara y juzga; pero todo esto es para absorberse enteramente en la vida de su señor, para hacer de los gustos de él los suyos, para no tener otra voluntad que la de su amo, ni pensar sino para él, ni amar mas que á él. . . .

Esta viva afección del perro hacia su señor no ha ofrecido siempre ese notable desarrollo; los servicios que él le presta actualmente no han sido siempre tan grandes y absolutos. . . . En el seno de un mismo pueblo civilizado ved cómo se ha modificado de mil diversas maneras el carácter del perro, cuán diferentes direcciones ha recibido este carácter según las necesidades que se le han impuesto, ó los cuidados que se le han dispensado. Qué inmensa distancia bajo el respecto de las facultades intelectuales entre el perro de fuerte raza y el español; entre el perro bien alimentado, objeto de cuidados delicados, y el que busca su vida en las calles públicas, y cuyo lecho es el pavimento de una iglesia, ó el inundo rincón de un muladar. Así como es torpe la inteligencia del dogo y macizas sus formas, el español es vivo, ardiente y astuto; y así también el perro de buena casa es fiero, arrogante, imperioso, y del pobre es humilde y sumiso. Los modales del primero son desembarazados, graciosos y seguros; el segundo es bejo y servil; mientras que el uno se divierte corriendo, el otro anda con un paso lento y uniforme; sus miradas sombrías, sus orejas caídas, y la cola escondida entre las piernas; toda su marcha es embarazada, sus movimientos reprimidos; él pide un mal hueso, y todavía no lo hace sino temblando. ¡Tantas veces ha visto que se responde á su súplica con golpes! Como el desdichado á quien pertenece, es deshecho de todos y espuesto á todo género de ataques, así es que su finde ha sufrido. Ha perdido tanto de su dignidad, cuanto el otro ha aventajado en pretensiones y en orgullo, porque se ha calcado también sobre su señor. Cuantas diferentes condiciones ha sufrido el perro, otras tantas razas de él han resultado.

En cuanto á las facultades intelectuales, su carácter ha sido modificado no solamente en razon de los servicios que cada profesión ha exigido de ellos, sino también porque admitidos en la intimidad de sus señores, y haciendo parte de la familia, han llegado á ser en cierto modo que sus mismos amos.

Estos hechos de que cada día somos testigos, prueban demasiado que á la influencia del hombre se debe atribuir el desarrollo tan notable de la inteligencia del perro y la dirección tan feliz que él ha seguido. La coincidencia de esas numerosas variedades que ofrecen las diversas razas con otras tantas variedades que presentan las condiciones humanas en el seno de la sociedad, nos hacen presentar que los primeros pueblos, del todo extraños á la industria, al comercio y á las artes, no debieron recibir de los perros servicios semejantes á los que nos prestan actualmente; pastores ó cazadores, ellos educaban los perros para la guarda del ganado ó para la caza; y por otra parte el estudio del perro entre las poblaciones de la Oceania y de la América, en las cuales no ha brillado todavía la antorcha de la civilización, manifiesta claramente lo que se debe pensar de los que creen hallar en el perro disposiciones muy á propósito para la domesticidad. Para los pueblos de la Nueva-Holanda, el perro es comunmente un enemigo del que deben precaverse; lejos de mostrar la adhesión, la fidelidad y la obediencia que nosotros admiramos en él, los perros de la Nueva-Holanda, salvajes como sus señores, parece que no tienen tinte alguno de aquellas preciosas cualidades; los golpes los irritan, son sordos á la voz de sus amos; como á los perros de los esquimales, en el otro extremo del globo, la miseria los ha hecho ladrones; disputan su alimento á sus señores, y los atacan, y los abandonan para volver enteramente al estado salvaje, al que están tan inmediatos. En todo semejantes á lo que es entre nosotros el lobo, famoso por su ferocidad, y considerado por muchas personas como incapaz de adhesión alguna; aquellos perros, no obstante, no se separan de la ley común de su especie; así como los demás presentan también facultades, gustos, e inclinaciones semejantes á las de sus señores; y en efecto, ved cuál es entre nosotros el perro mas salvaje, el del pastor; y en verdad que su señor parece extraño á toda civilización; él anda errante bajo la bóveda del cielo, duerme bejo una tienda que forma en las llanuras, participa con su perro de alimentos groseros, parece que desconoce todos los goces de la tierra, y que ni aun desea endulzar de algun modo su suerte.

EL que te muestra mas estimación que la que acostumbra, ó te ha engañado, ó quiere engañarte.
(Copiada.)

AUTOS DE FE CELEBRADOS POR LA INQUISICION DE MEXICO.

(CONTINUACION.)

JUDIOS Y JUDAIZANTES.

1. JUAN MENDEZ, con señal evidente de circuncision, de edad de 35 años, soltero, natural de la villa de Sossel, jurisdiccion de la ciudad de Ehora en Portugal, de oficio sastre, vecino del pueblo de Orizava en el obispado de la Puebla de los Angeles, hijo de Manuel Fernandez Barraun, notario del vicario eclesiástico de aquella villa, y de Beatriz Mendez su muger, cristiana nueva, naturales de la dicha villa. Fué preso con secuestro de bienes por judío observante de la ley de Moisen, aunque estuvo *negativo en todos estados de su causa*, confesó que *la sangre de parte materna le habia inclinado de suerte á tener dudas en la fe, que si hubiera alguien advertido le habia ley de Moisen, sin duda la hubiera seguido*. Salió al auto en forma de penitente en cuerpo, sin cinto, ni bonete, vela verde en las manos, abjuro de levi. Fué condenado en destierro perpetuo preciso de todas las Indias Occidentales, y de la ciudad de Sevilla, y villa de Madrid, corte de S. M., y que se embarcase á cumplirlo en la primera flota que del puerto de San Juan de Ulúa saliese para los reinos de España, y que llegado á dichos reinos, dentro de un mes se presentase en el tribunal del Santo Oficio de la Inquisicion de Sevilla, para que fuese conocido, y se tomase razon de su persona, y para que en caso de contravencion se pudiese proceder contra él, como contra impenitente, se enviase relacion de esta su sentencia y condenacion, al Illmo. y Rmo. Sr. Obispo de Placentia, inquisidor general, y señores del consejo de S. M. de la santa general Inquisicion, y á los tribunales de la dicha Inquisicion de Sevilla, y de las ciudades de Lima y Cartagena en estas Indias Occidentales (1).

1. JORGE RAMIREZ DE MONTILLA, con señal evidente de circuncision, de edad de treinta y un años, soltero, natural de la ciudad de Montilla, marquesado de Priego en el Anda-

lucia, vecino y mercader en el pueblo de Querétaro en este arzobispado, hijo de Diego Enriquez de Montilla, portugués, de oficio mercader, y de Isabel Ramirez, natural de la ciudad de Carmona en el Andalucía, difuntos en la de Sevilla, *hebreos cristianos nuevos*, y la dicha Isabel Ramirez, hermana entera de Duarte de Leon Jaramillo y de Simon Montero, *reclusos por judaizantes, y parienta de muchas personas presas y penitenciadas por judaizantes por este Santo Oficio*, y el dicho Simon Montero, está casado con Elena Ramirez, hermana legitima del dicho Jorge Ramirez de Montilla, y en estos dos autos *han sido reconciliados cinco primos hermanos suyos hijos del dicho Duarte de Leon Jaramillo, que son Francisco de Leon Jaramillo, Simon de Leon, Clara, Antonia, y Ana Nuñez, y cuatro primos hermanos de la dicha Isabel Ramirez su madre, que son el capitán Francisco Gomez Texoso, Isabel, Francisca, y Clara Texoso, é Isabel Duarte y tres primos segundos suyos, que son Clara, y Manuel Antunez, hijos de Isabel Duarte, y Violante Texoso hija de Rafael Gomez Texoso, hermano de los susodichos Texosos, que suman trece reconciliados*. Fué preso con secuestro de bienes por judío observante de la ley de Moisen, *para por vivir con los recelos y temores con que viven los judaizantes de ordinario, de ser presos por la Inquisicion, ocultó y escondió y en parte malbarató su caudal, y se verificó pues al tiempo de su prision, no se le halló el que se le embargó poco antes por la dependencia de cuentas con el dicho su tío Duarte de Leon Jaramillo, sino en gran manera disminuido, como constó de ambos inventarios*. Salió á auto en forma de penitente en cuerpo, sin cinto ni bonete, sambienito de media harpa, vela verde en las manos, abjuracion de vehementemente. Fué condenado en destierro perpetuo preciso de todas las Indias Occidentales, y de la ciudad de Sevilla, y villa de Madrid, corte de S. M., en la forma referida en la sentencia de Juan Mendez, y en dos mil ducados de Castilla para gastos extraordinarios del Santo Oficio (2).

(2) Si lo permitiera la decencia, se podría decir mucho sobre la *señal evidente de la circuncision* á que se refiere esta causa, cuyo extracto publicamos literalmente,

(1) Se ve por el extracto de esta causa (que literalmente hemos copiado) que este portugués ha sido condenado á destierro perpetuo y á la perdida de sus bienes, únicamente por haber confesado, ó porque se supiere que confesó, que alguna vez habia tenido dudas sobre puntos de fe.—L. E.

2. MELCHOR RODRIGUEZ LOPEZ, de edad de cuarenta años, soltero, natural del pueblo de Cúbillan en Portugal, de ocupación y oficio sembrador de cacao en la provincia de Zacatlán, y vecino de esta ciudad, hijo de Juan Lopez, natural de Guimarães en Portugal, de oficio mercader, y de Ana Rodríguez, natural del dicho pueblo de Cúbillan, difunta, *hebreos cristianos nuevos de que se preció, y de que muchos de sus deudos y parientes habian sido presos y penitenciados por las inquisiciones de Portugal*, nombrando en particular á un tio suyo. Fué preso con secuestro de bienes por *juicio observante de la ley de Moisen*. Pasando á Angola y llegando á la isla de Tenerife, y viviendo en la ciudad de la Laguna juntamente con otros tres sus compatriotas, un día se les puso á la mesa un jamón cocido, y comiendo de él todos, uno de ellos (que habia estado en Flandes, y en Absterdán, profeso del judaismo públicamente visitando el trage de que usan en aquellas partes los judíos) comió mucho mas y con mejores ganas, y reparando los demas en ello, tomó la mano este ser como el mas coloso de su cadauca ley, le dijo, que para venir de Flandes era mucho comer tanto tocino, y satisfaciéndole que le comia por saberle muy bien, le replicó el que habia estado en Absterdán que sabian él y los que allí estaban, que allí en Flandes no le comia, y habiendo cometido un grave y atroz delito un judaizante, le dió á entender que no era de cuidado, porque no era observante de la ley de Moisen el que habia padecido el daño, porque si lo fuera, era gravísimo pecado el habersele hecho, y estando reprehendiendo con gran severidad otro judaizante al que habia causado el daño y lo mal que habia hecho, oyéndole este ser dijo ara señor fulano (nombrando al repressor con razon, y sin razon aynte Dios á los nuestros, dando á entender que entre judíos no hacia al caso cualquier mal que se hiciese á los que no lo son. Salíó al auto en forma de penitente, en cuerpo, sin cintos, ni bonete, sambenito de media haspa, vela verde en las manos, abjuro de vehementí, fué condenado en destierro perpetuo preciso de todas las Indias Occidentales, y de la ciudad de Sevilla, y villa de Madrid, corte de S. M., en la forma referida en la sentencia antecedente, y en tres mil ducados de Castilla, para gastos extraordinarios del Santo Oficio (3).

En todo él se ve una sola prueba de judaismo, y sin duda este infeliz no fué condenado por la Inquisición sino con el objeto de apoderarse de sus bienes. No hablando de qué hacele cargos, se le inculpa porque es pariente de judíos.—L. E.

(3) Los ducados de Castilla eran el verdadero cuerpo del delito en las causas que se formaban contra los judíos. Cuando Moises promulgaba en el Sinaí la ley de Dios entre los israelitas y romanos, quién habría dicho á los judíos: llegara un día en que por observar esa misma ley seréis quemados!...—L. E.

1. DOÑA ANA JUAREZ, de edad de veinte y cinco años, natural y vecina de esta ciudad, hija de Gaspar Juarez, natural de Lamego en Portugal, de oficio mercader, recluso por judaizante, y de D^a Rafaela Enriquez, su muger, natural de la de Sevilla, reconciliada por observante de la ley de Moisen, en este presente auto, casada que fué de primer matrimonio con Juan Mendez de Villaviciosa, natural de Villaviciosa en Portugal, reconciliado así mismo por judaizante, y condenado en sambenito y cárcel perpetua, doscientos azotes, y cinco años de galeras al remo, y sin sueldo, en el auto que se celebró á los veinte y tres de Enero del año de mil y seiscientos y cuarenta y siete, y de quien se descajó por cierto impedimento, y de segundo y actual matrimonio con Francisco Lopez de Fonseca (alias Francisco Mendez) natural de la villa de Botan en Portugal, recluso por observante de la dicha ley. Fué preso con secuestro de bienes por *juicio observante de la dicha ley de Moisen*, á pocos dias de su prision, pidió misericordia, y confesó que desde edad de catorce años habia guardado la ley de Moisen, hechos sus ayunos, ritos y ceremonias, hasta que habia sido presa. Enseñóla su abuela materna, Blanca Enriquez; acudia á las juntas que de ordinario se hacian en casa de Simon Baez Sevilla, y de D^a Juana Enriquez, su muger, hermana de su madre D^a Rafaela Enriquez, á conferir y tratar de la ley de Moisen, de sus preceptos, ayunos, ritos y ceremonias, diciendo cada cual lo que en su observancia hacia, animándose unos á otros en la puntualidad de sus ayunos, y todos juntos como en conciliábulo definian la condenación eterna de los católicos, diciendo gravísimos desatatos contra las devociones, procesiones, y cosas de que usa nuestra madre la Iglesia, con el entrañable odio que tenian en sus dañados corazones, como pérdidas y obstinados judíos, y en estas juntas en que presidia la famosa dogmatizadora de su abuela decia que tenia unos nietos y nietas cual era esta res, que desde pequeños habia enseñado y habian aprendido su ley, y hacia los ayunos que era admiración, procurándoles entablar por grandes judíos y judias (como en la verdad lo eran) y que fuesen estimados por tales de los de su nacion hebra. Estimó en mas á su segundo marido, y se casó con él de mejor gana que con el primero que no era inferior judío, solo porque al padre de este su segundo marido lo habian quemado por judaizante en una de las inquisiciones de Portugal. En las cárceles se comunicó con otras personas grande para comunicarse con mayor recuerdo de los alcides, enviando recaudos y recibiendo para darlos á otros presos, valiéndose de varios medios y con todo desahogo, y haciendo burla de los sambenitos que les habian de echar dijo á unas judías con quienes se comunicaba, que ella no le queria con punta de diamante, sino con ribete de reso amarillo, que como era blanca le estaria bien, queriendo asentado entre ellas, de pedir los sambenitos arribetados, en que se echa de ver que poco ó ningun castigo es para los de esta nacion perversa tamaña afrenta. Fué admitida á reconciliación y sentenciada á auto en forma de penitente, vela verde en las manos, confiscación de bienes, abjuración formal, sambenito, y cárcel perpetua, y condenada en destierro perpetuo preciso de todas estas Indias Occidentales y de la ciudad de Sevilla, y villa de Madrid, corte de S. M., y que se embarcase á cumplirlo en la primera flota que del puerto de San Juan de Ulúa saliese de vuelta para los reinos de España. Y que luego que á dichos reinos llegase, dentro de un mes se presentase en el tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Sevilla, para que fuese conocida, y se tomase razon de su persona, y se le señalase la parte y lugar en que habia de cumplir su carcelería y hábito, y para que en caso de contravencion se pudiese proceder contra ella, como contra impenitente, se enviase relacion de esta su sentencia y condenación, con la señas y edad que tiene, al Illmo. y Rmo. Sr. Obispo de Placencia, inquisidor general, y señores del consejo de S. M. de la santa y general Inquisición, y á los tribunales de la dicha Inquisición de Sevilla, y de las ciudades de Lima y Cartagena en estas Indias Occidentales (4).

2. ANA NUÑEZ, de edad de trece años, de estado doncella (5), natural y vecina de esta ciudad, hija de los dichos Duarte de Leon Jaramillo é Isabel Nuñez su muger. Fué presa por judío observante de la ley de Moisen, sin secuestro de bienes por no tenerlos. Siendo de siete años de edad, la redujeron al judaismo sus padres, haciéndola creer que el Mesías no habia venido, y que habia de nacer de cierta judigüela (que está actualmente presa, hija de reconciliada por este Santo Oficio), y que habia de mo-

(4) Dios sabe cuántas calumnias habria tenido que inventar la santa Inquisición para apoderarse de los bienes de esta infeliz señora. Tenemos documentos muy interesantes que publicaremos alguna vez para hacer ver con que iniquidad procedia en la formación de las causas la Inquisición de México.—L. E.

(5) Nótese que ha caido en las garras de la Inquisición una jóven doncella de 13 años de edad. ¿Qué no se hará declarar á esta infeliz en el silencio, en la oscuridad y en el horroso misterio del Santo Oficio! No hay mas que leer esta causa, para conocer que la calumnia ha inventado todas las patrañas con que se anima á los padres de esta jóven. Nada de cuanto se les atribuye tiene conesion alguna con las ceremonias y con las creencias de la ley de Moises. Y todo este aparato de justicia, todo el escándalo de esta causa viene á parar en un qué!... En lo que veremos al fin de ella.—L. E.

rir por ellos, y que habia de adorar y creer en Moisen, y la hicieron que cuando ayunaba fingiese enojo con todos, y no fuera á la amiga, y con esta ocasion no comiera, y que saludara á Moisen con estas palabras: Padre nuestro, Padre nuestro, Dios te salve, Dios te salve, amen, amen; diciéndola su madre que la habia de quitar de la amiga porque no la enseñasen oraciones de viejas, diciéndole por las oraciones que la enseñaba de los católicos, y la mandaba su padre que no rezase el Padre nuestro, ni la Ave María, ni las demás oraciones de la Santa Madre Iglesia, diciéndola (usando de cautela como con criatura) que él entendía que aquella maesa la enseñaba las oraciones de la ley antigua (6), y no el Padre nuestro y Ave María, que él la quitaría de aquella amiga que no la enseñaba las oraciones del Santo Moisen, que era maesa de dispartes. Y viéndola algo dura, la amarró su padre á una escalera y la azotó cruelísimamente con unas riendas de caballo, y cuando la veia rezar en el rosario la castigaba y la refia; porque cuando venia de la amiga decia loado sea el Santísimo Sacramento, y la mandaba que dijese buenos dias, ó buenas tardes tengan; y si se descubierta y hablaba con alguna persona católica, la miraba con notable saña y cólera, y se tiraba de las barbas en señal de su enojo, y despues la llamaba y la decia que si no la habia mandado que no dijese aquello, sino buenos dias, ó buenas tardes tengan, y respondiéndole que las demas muchachas cuando ella las acompañaba á sus casas decian loado sea el Santísimo Sacramento, la decia su padre que sus madres eran unas viejas, y que por eso las dejaban decir aquello; que él la enseñaría otras oraciones, y para reducir la llamaba muchas veces á su almacén, y la decia que no habia mas Dios que Moisen (7), y que no habia muerto Dios, porque no habia venido el Mesías que habia de morir por ellos, y nacer de la dicha judigüela, y esto muy en su juicio (8) y con toda austeracion como si hubiese de suceder, y la

(6) ¿Cómo un judío que vivia en México podia creer que en las escuelas de un país católico é intolerante, y bajo el dominio de la Inquisición, se enseñase á una niña la ley de Moises?... Se ve aquí evidente la torpeza con que ha sido inventada la calumnia.—L. E.

(7) Jamas un judío ha dicho esta blasfemia. Ella ha sido inventada como todos los cargos á que esta causa se reduce, para llamar vivamente la atención sobre ellos, y distraerlos del infame designio con que el proceso fué formado.—L. E.

(8) El encargado de inventar estas calumnias, conociendo que por sí mismas eran improbables, y que los que las leyesen no las creerian, é dudarían de la sanazon del reo, á quien se atribuyen tantas estravagancias, ha cuidado de advertirnos que a quel reo lea de su juicio (Miserable humanidad, siempre victima de la iniquidad y la venganza, cuando las leyes no dan garantías á la inocencia para justificarse, confundiendo á sus calumniadores y á los jueces que incautamente los protegen)—L. E.